

Hace tres días que estamos en Venice Beach porque los chicos participarán del Campeonato Nacional de Surf el fin de semana. Unos amigos nos invitaron a su casa así nos ahorramos los viajes en la carretera que, aunque vivimos cerca, tiene un tránsito muy pesado y además salimos un poco de nuestra rutina. Aquí la vida es más relajada que donde vivimos nosotros en el centro de Los Ángeles.

Hoy decidí no acompañarlos a la competencia de clasificaciones y fuimos con July, la anfitriona, y otras amigas a almorzar unos burritos a un bar frente a la playa que siempre está muy concurrido. Después de comer y pasear por la zona ellas se fueron y entonces fui a ver un espectáculo callejero que me habían recomendado. Llegué temprano y encontré un espacio en la primera fila de unas gradas improvisadas frente a un pequeño escenario y me acomodé esperando a los artistas que convocan a muchos locales y turistas.

Estando allí, sin nada que hacer, empecé a prestar atención a los que me rodeaban. La mayoría eran jóvenes, junto a mí había un muchachote de menos de treinta y dos chicas que hablaban mucho. Me puse a observarlos discretamente. El varón me hacía acordar a alguien que una vez amé profundamente, así que lo miré un poco más. De repente se paró para preguntar a qué hora comenzaba el espectáculo y al verlo de cuerpo entero vi a ese hombre con quien había estado casada por cinco años desde mis veintiuno... Mi ex tenía un nenito de dos años con una compañera de la escuela a la que íbamos en San Diego. Se pusieron de novios en el último año, luego se separaron. El chiquito que yo conocí no se parecía a su papá que era

un gigantón de ojos verdes y pelo enrulado rubio pero tampoco se parecía a la mamá que era bajita y regordeta. El pequeño era un flacucho morenito con ojos color miel. Mientras estuvimos casados lo traté poco porque el nene vivía con la mamá y sus abuelos. No me acuerdo el nombre del niño ni supe nada más de aquel hombre que había sido mi primer esposo y un gran amor. Cuando nos separamos sufrí mucho y lloré tanto que me deshidraté hasta que lo olvidé por completo. Después vinieron otros amores...

Estoy felizmente casada y tenemos dos hermosos varones. No volví a pensar jamás en mi pasado hasta que vi a este joven. Cuando se sentó a mi lado cruzamos la mirada pero no me animé a preguntar y él siguió conversando con sus amigas. Buscaba en mi cabeza el nombre del niño y no podía recordarlo, pensé que si ellas lo nombraban tal vez... pero nada. Busqué una excusa y les pregunté si sabían cuánto duraba el espectáculo y allí respondió con un tono de voz que me transportó a mis veinte años. Tuve que disimular para no demostrar mi emoción. Siguieron hablando mientras el lugar se llenaba de gente y de bullicio, por lo que comenzaron a hablar cada vez más fuerte hasta que se volvió a poner de pie para mostrar una marca que tenía debajo de su rodilla justo donde terminaban sus bermudas. Era un agujero profundo que impresionaba, casi dejaba ver el hueso, entonces muy exaltado comenzó a decir: "nunca voy a permitir que me hagan una cirugía porque esta marca me recuerda que estoy vivo porque los milagros sí existen". Cada vez gritaba más y gesticulaba, como si quisiera que todos supieran que estaba allí y repitió "porque los milagros sí existen". Cuando escuché esa frase casi pude confirmar mi sospecha. Aquel hombre, que yo había amado tanto, solía decir que haber tenido un hijo era un milagro. Me había advertido antes de estar juntos que le

habían detectado algo de niño (nunca supe bien qué era) que le impediría tener hijos. Dudaron de su paternidad, pero el nene era suyo. Ambos fueron sometidos a pruebas genéticas y establecieron que el bebé estaba completamente sano. Nosotros no pudimos tener hijos porque ese milagro no se repitió. Pensé entonces si era posible que aquel alfeñique de rulitos que dejé de ver cuando tenía siete, ahora 20 años más tarde, se haya convertido en este hermoso joven.

El muchacho que seguía de pie ya había captado la atención de todos los presentes, entonces con voz más alta comenzó a relatar el porqué de ese agujero en la pierna y dijo que era lo único que le quedaba del tremendo accidente. Que era el copiloto del auto de su padre en la última carrera del año y que cuando bajaban por la montaña en una maniobra arriesgada el auto mordió unas piedras y cayó por el barranco rodando. Contó que las autoridades de la carrera pararon la competencia, que llegó el helicóptero y que los paramédicos los sacaron de allí inconscientes, con múltiples golpes y fracturas, y que su padre se llevó la peor parte.

Recordé que mi ex manejaba muy bien y que uno de los motivos por los que discutimos mucho en el último año de matrimonio fue porque había gastado todos nuestros ahorros, sin consultarme, en comprar y hacer arreglar un auto para correr y que había empezado a probar una categoría de montaña. Nunca seguí el automovilismo, además era una de esas categorías que no se comentan mucho en las noticias.

El muchacho seguía hablando mientras observaba que los demás lo escuchaban atentamente y yo, que no tenía nada más que esperar a que empezara el show,

agarré el celular y empecé a buscar alguna información sobre lo que estaba diciendo. En un momento alcanzó a ver la pantalla de mi celular mientras estaba abstraída leyendo la nota del accidente, entonces se sentó a mi lado y antes de ponerme a llorar me tocó el brazo, lo miré y me abrazó...lloramos juntos. Él lloraba por la angustia que le había generado contar esa historia y yo porque estaba leyendo el artículo y enterándome de todo y confirmando lo que aún no había dicho.

Todos nos miraron, todos se quedaron en silencio, todos esperaban oír cómo seguía (terminaba) la historia. Todos a nuestro alrededor habían desaparecido.

Lo miré y le pedí que me acompañara. Aceptó. Salimos del tumulto, nos fuimos a tomar unas cervezas. Un momento después dijo que creyó que me conocía cuando me senté a su lado. Le expliqué quién era. Me volvió a abrazar más fuerte y dijo que me había estado buscando por todos lados, que estaba desesperado porque debía decirme algo.

Lo calmé y le pedí que me contara un poco de su vida. Dijo que seguía viviendo con los abuelos en San Diego porque su mamá se había casado y se había ido a vivir a Texas. Que estudiaba electrónica y que estaba aquí en Venice con sus amigos para ver el campeonato de surf.

Le conté que era difícil encontrarme porque usaba el apellido de mi actual marido, que mi familia es de Los Ángeles, que había ido a estudiar a esa escuela secundaria en San Diego porque era de las mejores de la zona y había conseguido una beca para representar al colegio en natación. Le dije también que cuando nos casamos

con su papá fuimos a vivir a Redondo Beach y que viajábamos para las fiestas a visitarlo a casa de sus abuelos, que tal vez me recordaba por esos días que compartimos, pero que después de separarnos jamás volví a esa ciudad y que lamentaba no haber seguido en contacto.

No escuchó nada de lo que le dije.

Siguió hablando y me contó del accidente y de su vida con su padre.

Su papá había vuelto con su madre pero duraron poco tiempo. Se había convertido en un nómada. Estaba de aquí para allá anotándose en todas las carreras o metido en los talleres mecánicos, no hacía más que ocuparse de los autos. Se veían para las competencias y como necesitaba un copiloto que supiera marcarle bien la ruta, él se preparó para hacerlo y acompañarlo. Era una manera de pasar tiempo juntos y compartir fines de semana entretenidos. Así, se hizo experto en leer mapas y tiempos y transmitírselos al piloto. ¡¡¡Éramos la mejor dupla!!! gritó.

Bastante agitado me dijo también que me buscaba porque cuando su papá estaba en terapia intensiva le había pedido que me encontrara.

Siguió contando, me iba a decir lo que no quería escuchar...

— Papá me pidió, cuando estaba ya muy cerca de despedirse de todo, que te buscara y te dijera que te había amado mucho y que te dejó porque quería dedicarse a correr autos y que para conseguir recursos había hecho cosas que lo meterían en problemas. Que siempre te amó aunque te haya dicho lo contrario, que lo dijo solamente para que te alejaras de él porque sabía que no podía hacerte feliz.

Mientras lo escuchaba vi que empezó a llorar y yo lloraba por él. Lo que me decía no me había sorprendido, siempre supe que su padre me había apartado de su lado para no perjudicarme con sus decisiones poco honestas, que chocaban con mi forma de vivir la vida.

— Esa competencia era la última del año y si terminaba entre los tres primeros subiría a una categoría internacional. Ahí arriesgó más de la cuenta, se confió porque corría un auto muy preparado y era la oportunidad para participar en el circuito europeo. Todo quedó trunco aquel domingo 23 de octubre, cuando el auto cayó unos quince metros dando tumbos...Ni el helicóptero que llegó rapidísimo, ni los médicos, ni Dios, alcanzaron a salvarlo, pero a mí solamente me quedó de recuerdo este agujero en la pierna, porque como decía mi papá “los milagros sí existen”.